

EL AMOR DE JESUCRISTO PRINCIPIO Y FIN DEL VOTO DE CASTIDAD

Al hablaros del voto de Castidad he empezado por las condicionaturales que exigen la actitud y el estilo de vida más convenientes a la virginidad. Hoy abordo que es su centro y su causa. ¿Cuál es la causa determinante del voto de Castidad? ¿Cuál es su finalidad? ¿Cuál es su objetivo inmediato? El amor a N. Señor Jesucristo y no hay otro. Este amor es la fuerza, la palanca, la gracia que nos ayuda a ser fieles a este voto y al estilo de vida a que obliga el voto.

Cuando una persona se ha entregado a Jesucristo, cuando ha optado por El con un amor fuerte, la virginidad es la consecuencia de esta opción.

¿Podeis imaginaros que una esposa de Jesucristo se desvie ni un ápice de una absoluta fidelidad? ¿Pensáis que puede haber ni una sombra en su transparencia, en su rectitud, en su valentía, en su lealtad, en sus actitudes, en su estilo de vida, en su fidelidad total?

Si ha optado por Jesucristo debe amar a su Esposo con todo su corazón, con toda su voluntad, con toda su vida revestirse de modestia alejarse de todo afecto inferior, de la vanidad, de la superficialidad, del egocentrismo.

Tiene que seguir a Jesucristo, vivir su vida, agradecerle en todo, alejarse de lo equívoco, de lo chabacano, y esto con valentía para ser fiel a su Señor.

Así pues os voy a hablar del amor a Jesucristo. Estudiaremos algunas de sus características. En primer lugar la prioridad. Es de justicia que deis prioridad a Jesucristo por encima de todo: le habeis elegido, quereis pertenecerle, que vuestra preferencia por El resplandezca siempre y en toda cir-

cunstancia. Que en todo pensamiento, en todo deseo, en toda alegría, en todo acontecer lo mejor sea siempre dado a Jesucristo: que El pase ante todo.

La Regla dice: que no hay instante de nuestra vida sobre el que El no tenga derecho; ni hay afecto que no se refiera a El: todo debe de ser para Jesucristo.

A la prioridad hay que añadir la constancia. Puede que la continuidad resulte difícil pero ¿puede existir prioridad sin continuidad? Jesús, el más hermoso de los hijos de los hombres, nuestro amigo, nuestro Salvador, el más perfecto, la flor de la humanidad nos ha elegido. Es santo y perfecto en su nacimiento; santo y perfecto en su infancia; santo y perfecto en su vida oculta; santo y perfecto en su vida pública; y si cabe más santo y más perfecto en la cruz y en la resurrección como revestido de su sangre que derramó por nosotros. En el misterio Pascual, muerte y resurrección clama tras nuestro amor como lo hace con las palabras infinitamente adorables de su Evangelio. Hasta los incrédulos dan testimonio de ello. Rousseau exclama: "La sencillez del Evangelio asombra; la santidad de las palabras que encierra conmueve profundamente. No es la muerte de un hombre sino la muerte de un Dios". Si hasta los incrédulos hablan así ¡qué atractivo divino resplandece en todas las palabras y actos de Jesucristo!

No miremos solo la faceta visible del Señor, contemplemos la faceta invisible. Habeis optado por el Hijo de Dios, la segunda Persona de la Sma. Trinidad, el que nos ha creado. Mientras se nos manifiesta de un modo visible en su vida terrestre, en la Cruz, en la Encarnación, es el Rey Soberano de todo el universo.

Es la sabiduría infinita, la belleza infinita, el inconmensurable. Tiene

todos los derechos del Creador que le hemos otorgado al escogerlo por Esposo y Único Rey. Así pues de la prioridad que tiene que tener en nosotras la continuidad en ese amor de preferencia. Cuando se escoge un marido, su mujer tiene una serie de deberes que tiene que asumir. Tal vez sea injusto, cruel ¡qué de sufrimientos se producen con frecuencia en ese contacto íntimo con una criatura humana! ¡Cuántas dificultades hay que soportar, cuantas veces hay que doblegarse! Y sin embargo una buena esposa debe seguir siendo fiel, abnegada, constante en su vida matrimonial.

Es muy permicioso para la familia y para la sociedad cuando una mujer de su preferencia quiere a otro más que a su marido aunque este haya sido un mal marido. En el nivel puramente humano es indispensable la fidelidad y la constancia en la vida matrimonial a pesar del sufrimiento, de la humillación o del sacrificio.

En nuestro caso no podemos temer a nada parecido: Jesús es el Santo, el Perfecto, el Adorable. Tal vez a veces se nos esconde y de hecho así es: es lo Único que podríamos echarle en cara. Ya que es tan perfecto, tan divino, tan adorable quisiéramos escuchar siempre su voz, ver siempre su luz, sentir su presencia. Pero no sucederá así, Jesús se nos oculta. Y esto os lo digo a todas: habrá muchas ocasiones en que no le encontrareis, os parecerá muy lejano El en su cielo y nosotras en la tierra. Muchas veces no sentireis ni alegría ni intimidad ante la Eucaristía, rezareis, suplicareis sin tener clara conciencia de que alguien os escucha: tendreis entonces que leer para ocupar vuestro pensamiento.

Santa Teresa de Jesús pasó por estas sequedades: no podía hacer oración sin

la ayuda de un libro: hablaba un momento con Dios, pero enseguida tenía que tomar el hilo conductor de la lectura. Su fidelidad, su amor, su perseverancia en la oración atrajeron tanto al Señor que se manifestó a ella; pero esto fué después de largos años cuando casi tenía cincuenta.

En su juventud sufrió grandísimos dolores físicos, penas y contradicciones interiores y sequedades tan angustiosas que para perseverar una hora en oración le hacía falta toda la energía y temple de su carácter que eran extraordinarios.

A primera vista parece injusto que el Señor se oculte pero ¿es qué acaso se ha comprometido El a colmarnos de consuelos? Si así fuese ¿de qué nos recompensaría? ¿de los consuelos y alegrías de que gozamos en vida? No; recompondrá nuestros sacrificios, nuestros esfuerzos: por eso se oculta para que le busquemos en fe pura y le sirvamos con fidelidad y desinterés tanto en el gozo como en la tristeza.

En medio de las oscuridades de la fe debemos amarle más, y aprovecharlas -- para mostrarle un amor más puro y desinteresado.

Y aunque nada sintamos de su presencia amorosa, debemos tributarle el honor que se merece y por El conservar en nosotras una dignidad de actitudes que cristalice en gestos exteriores de firmeza, valentía para no dejarnos llevar de los instantes inferiores, de respeto de nuestros cuerpos como vasos sagrados que pertenecen enteramente a Jesucristo.

Este es una buena ocasión para tomar conciencia, de si en los momentos de sequedad o de incertidumbre, hemos buscado consuelo o desahogo en afectos uni-

camente humanos.

Un místico asegura que las personas consagradas tienen que vivir en el absoluto de Dios. Lo malo es que muchas almas consagradas ante el absoluto de Dios se encuentran en un vacío entre Dios y las criaturas: eso produce un gran sufrimiento y al no alcanzar en sus vidas el absoluto de Dios que es exigente, estas almas consagradas vuelven su mirada hacia las criaturas, buscan en ellas su propia realización. Una vez que se ha bajado a un nivel puramente humano las mezquindades humanas nos invaden.

Así pues en las seguridades, en las tristezas o angustias, en las dificultades para orar no bajéis al nivel humano; por el contrario probad entonces a Jesucristo la madurez y continuidad de vuestro amor.

Jesucristo no es solamente el Dios objeto de nuestro amor; no es únicamente el más perfecto de los hijos de los hombres: también es el crucificado por nuestro amor. El misterio de la Pasión de Cristo es tan profundo que debe ocupar un primer plano en nuestra contemplación: debe imprimirse tan profundamente en nosotras que incline nuestra voluntad y nuestro corazón a sufrir con El porque somos esposas de Jesucristo.